

El valor del ser en el cuerpo.

Mirta Losada, Terapeuta morfoanalista. Revista Verdemente, Madrid, 2001

Recientemente he visto un documental sobre el comportamiento de las mujeres de un poblado de Mozambique. Llevan a sus hijos sobre sí, cogidos a su propio cuerpo con una tela o cinta. Cuando nacen prematuramente, son llevados entre los senos de su madre las 24 horas del día. El calor hace de incubadora permitiéndole, con el tiempo necesario, completar su madurez. Así lo certifica un estudio científico realizado por un equipo de médicos colombianos, obteniendo resultados muy satisfactorios en el desarrollo del neonato.

El mantener una cercanía tan íntima, un contacto corporal tan continuado entre madre e hijo/a es algo espontáneo en algunas civilizaciones. Curiosamente muchos de estos países suelen ser económicamente muy pobres. Lo que me sorprende gratamente es constatar en este tipo de vida, la convivencia entre importantes carencias materiales esenciales y la riqueza instintiva e intuitiva en lo concerniente al vínculo relacional entre madre e hijo/a. En general, estas personas no poseen los conocimientos teóricos y analíticos sobre la gran importancia que representa el contacto corporal directo y permanente con sus hijos, principalmente en las primeras fases del crecimiento, pero los aplican cotidianamente.

Como Terapeuta Psicocorporal Morfoanalista, el abordaje corporal tiene una connotación muy precisa y fundamental en el desarrollo psicoafectivo del SER. Por ello, entrar en contacto a través del cuerpo es una de las puertas grandes de comunicación. EL calor del cuerpo materno o el calor de los brazos de una madre (o quien hace esta función), no es sólo una cuestión de temperatura. ¡La vida late junto a ellos y con ellos!. Todos sabemos que desde la gestación, el bebe se alimenta fisiológicamente de su madre a través del cordón umbilical. Junto a este alimento, recibe también todo el contenido psíquico y emocional de su madre de forma indiferenciada de ésta, ya que al principio, el bebé vive en un estado de in diferenciación (simbiosis-dependencia) y pasa, paulatinamente, a estados cada vez más diferenciados (autonomía- independencia), a medida que las etapas de su desarrollo psicoafectivo corporal evolucionan.

En el momento de nacer, el bebé atraviesa una experiencia sensorial y emocional muy fuerte e intensa, difícil de asimilar y mucho más difícil de comprender o pensar, debido a que el mental, el raciocinio, corresponde a una fase posterior en el crecimiento. En estos momentos y después será la **EMPATIA** (capacidad intuitiva basada en el amor de conocer al otro y conectar con sus necesidades y sufrimientos), los **CUIDADOS ADECUADOS**, al bañarle, cambiarle, alimentarle y el **CONTACTO CORPORAL** a través de las caricias maternas, de su mirada, de sus dulces palabras, lo que permitirá al bebé asimilar y aliviar este torrente de vivencias sensoriales y emocionales, sintiéndose protegido.

Bion especifica que la función continente que el bebé interioriza no depende sólo de la cualidad de los cuidados corporales o de las técnicas utilizadas, sino también de la vida psíquica de la madre y su capacidad de acoger y comprender las emociones de su hijo. Es en esta relación tan íntima, amorosa y estrecha que el bebé podrá mantener despierto su capacidad de unión, conexión e integración de las diferentes sensaciones entre sí.

Más tarde, si todo va bien, adquirirá la capacidad de unir las sensaciones corporales con el entorno afectivo, es decir, con los sentimientos y emociones. De esta manera y con la repetición de buenas experiencias vividas en este tipo de relación, el bebé adquiere el sentimiento profundo de **VALOR**. Él se siente un **SER DE VALOR**. Y este sentir le es, por su condición humana, necesario e indispensable para realizar sus potencialidades. Cuando, por alguna razón, este proceso no ocurre, el bebé debe protegerse de sus sufrimientos, y a nivel corporal lo hace principalmente contrayendo sus músculos. Aún así, el bebé crece a niño y todo puede parecer normal. Pero si éste no encuentra en el otro un ser que psíquica y emocionalmente pueda comprenderle y contener sus vivencias, a veces desbordantes, no tendrá otra opción que la de cortarse de sus sensaciones y de sus sentimientos, para no sufrir lo que no puede “soportar”. Entonces deviene un adulto limitado, parcializado y probablemente insatisfecho ante la dificultad de vivir en plenitud, tomar riesgos y afrontar dificultades. Es en el cuerpo donde se registran todas las sensaciones internas y externas propioceptivas y donde se almacenan todas las memorias emocionales traumáticas. Estas memorias, seamos conscientes o no de ellas, interfieren, condicionan o frenan en el presente, ya sea a nivel relacional, profesional o desarrollando enfermedades como una vía más concreta y palpante de necesidad de atención y/o demanda de ayuda.

“Cuando el dolor de ser no encuentra palabras para expresarse, habla a través del cuerpo. Cuando las palabras están basadas en un cuerpo que siente, el dolor puede ser vivido, comprendido y reparado”.

Antoni Alcaide

Estar presentes de manera consciente en el lugar del cuerpo es estar en contacto con la vida; la alegría, el dolor, el placer, la transformación y ser partícipes activos en el camino de nuestra propia evolución. El cuerpo humano no es sólo un compendio de músculos, huesos y órganos, como podemos ver en los libros de anatomía. Es el lugar privilegiado del SER donde la vida se encarna para manifestarse y realizarse.